



A la memoria de quien tanto,  
y desde tan temprano en su vida,  
amó esta ciudad: mi madre,  
Antonina Sillero Cobos.



Si tú quisieras, Granada,  
contigo me casaría;  
darete en arras y dote  
a Córdoba y a Sevilla.

*Romance de Abenámar*

Gitana, si me quisieras,  
te compraría en *Graná*  
la mejor cueva que hubiera.

*Letra de tangos del Sacromonte*

Y luego a las subidas  
cavernas de la Piedra nos iremos,  
que están bien escondidas,  
y allí nos entraremos,  
y el mosto de granadas gustaremos.

SAN JUAN DE LA CRUZ



Roma, sampietrini.



Granada, adoquines.



## SALGO A CAMINAR

Para Fabiola Labella,  
inmaculadamente.

Todas las ciudades anhelan ser Roma.

Exagero. Simulo un aforismo, ese género en boga.

Las ciudades de nuestra esfera cultural —casi la mitad de la terrestre— quisieran ser Roma.

Más ajustado.

Herederas inevitables, hay urbes que incluso han buscado para su asiento la constelación romana de las siete colinas. Aseguran haberlo logrado Lisboa, Edimburgo, San Francisco, Estambul. El juego que resulta de su relieve, la jubilosa gimnasia de sus contrastes y sus belvederes es una de las razones de su belleza.

Nápoles hace un intento hercúleo pero fallido. Praga se jacta y supera el número mágico y cabalístico. Barcelona apenas lo atisba y, vencida, se recrea en artes aplicadas. Atenas cuenta con sus dedos de mármol percutido, grita ¡eureka! y pide en balde carta de primacía. Nueva York, la última *caput mundi*, lucha en altitud e industria erigiendo babeles sin descanso. Washington le responde con un septeto de altozanos para intentar mojarle la oreja, entre herida y vanidosa. Bath celebra haber cumplido la obligación del número y decora sus laderas con una pompa hueca de revestimientos georgianos. Sevilla se rinde y, ante su quimera, caracolea. De Asunción a Seattle, una treintena de urbes fundadas en ambas Américas proclama o, más bien, reclama con tesón: también nosotras pertenecemos a la sororidad septenaria.

Granada no alcanza el número. El cerro del Mauror y el Albaicín flanquean satisfechos la colina de la Alhambra, la Sabika, con su tiara rojiza que un día fue blanca, un Sacromonte tardíamente incorporado y el cerro del Sol, butaca del Generalife,

se retranquean para mejor impulsarse a mirar. Cinco alcores: le faltan dos, pues otros promontorios que integran o rodean la ciudad y podrían postularse son accidentales o bien no tienen caché. Aunque de pronto hay quien añade: el cerro de San Miguel, la colina de Peña Partida, atalayas vicarias que a duras penas se despegan de otras inmediatas. Será por eso por lo que es una Roma imperfecta Granada, una urbe trunca.

Las ciudades construidas en llano tienen la necesidad estética de desafiar alternativamente suelo y cielo, creando perspectivas basadas en la geometría y la ordenación de lo vegetal; en cambio, las de terreno quebrado parten de la ventaja de la teatralidad. Granada es un emotivo drama mudéjar salpicado de grandes soliloquios modernos y ficciones románticas, afeitadas intervenciones modernistas y versos sueltos contemporáneos, desafortunados algunas veces. En determinados ángulos también es un guiñol, el retablo burlesco y entrañable de nuestros chacolines y cristobicas.

Como mis paisanos, yo pasé cien días de encierro obligado porque un ser diminuto y letal, el coronavirus, acechaba a los de mi especie, pero tuve la suerte de hacerlo en una pequeña casa con terraza que me permitía asomar los ojos a la Alhambra, el Generalife y parte de su dehesa, la cara norte de Sierra Nevada y una esquina semiurbanizada de la Vega. No fue mala mi estrella solitaria en medio de la sombra universal. Aquella cuarentena con vistas supuso también un espolearme diario, un irme colmando de un deseo erótico por lanzarme a andar, subiendo, subiendo. Al levantársenos la clausura empecé a hacer largas caminatas por cotas más lejanas, ascensos vespertinos que casi siempre alcanzaban primero la altura de la Acequia Real de la Alhambra y luego continuaban rumbo este. Salían a mi paso, o más bien huían de mi presencia, zorros, liebres, perdices y cerdos salvajes; en el agua copulaban los sapos, las culebras me sobresaltaban un momento atravesando mi senda; descubrí que, a solo seis kilómetros del alquitrán, el ladrillo y la argamasa,

volaban tórtolas, lavanderas, primillas, pinzones, urracas y alguna pareja de periquitos expatriados. Tan cerca de los escaparates y los semáforos, un paisaje agreste. Otra ciudad, por tanto, casi su visión nostálgica: aquella Granada ligada a la tierra, su huerta, las vaquerías, el monte. Los animales, en los meses deshumanizados, habían vuelto por sus fueros ahora incultos, las plantas probaban a repoblar las veredas. He seguido encontrándome con ellos; la vegetación, en cambio, ha reculado.

La cara norte de la Dehesa del Generalife está atravesada por caminos y hendida por barrancos. Con el permiso de los topógrafos y de verdaderos senderistas yo identifico, sobre todo, cuatro veredas, comunicadas entre sí por trochas menores que salvan pendientes en zigzag. La más baja es prolongación del paseo del Avellano y se asoma en algunos de sus recodos al río. La inmediatamente superior sigue el curso de la Acequia Real, antigua proveedora de agua de la Alhambra. Una tercera, más ancha, recorre los cerros a media altura y es la que más transité en aquellos días, convirtiéndose en bisagra de mis caminatas, en senda de confort. El acceso superior es comprometido, por su estrechez y por los alevos terraplenes que bordea. También es el más hermoso. Si se hace de noche uno puede fácilmente dar allí un paso en falso y caer.

Desde esta última derrota, en la que no es raro encontrarse con una manada huraña de jabalíes, se contempla, como desde ningún otro sitio, el complejo abacial del Sacromonte: se percibe su verdadera envergadura, se aprecian, superpuestos, lo chato de su origen —las llamadas santas cuevas, terrosas y aplastadas, el desigual campanario, como de aldea—, su carácter trepador, su empeño egotista a pesar de los reveses históricos y hasta su intención secreta de erigirse un día en una especie de Escorial arzobispal. El nombre por el que se conocía aquella colina extramuros era Valparaíso, pero un largo culebrón de invenciones recalificó su terreno y su historia acristianándolos. Como en cualquier gran enredo, uno pierde el

hilo, confundido en sus flecos y sus cabos sueltos, lo recupera y, cuando está tentado de abandonar la maraña, tira.

El tapiz empieza a tejerse a finales del siglo XVI. El 18 de marzo de 1588, día del más abrahámico de los arcángeles, Gabriel, durante las obras de demolición del alminar de la mezquita mayor de Granada —la llamada torre Turpiana—, aparece una pequeña caja de plomo embetunada en cuyo interior se hallan: «un lienzo triangular, mitad de uno cuadrangular, una tablita con la imagen de la Virgen María en traje de “egipciana”, un hueso y un pergamino enrollado y doblado, escrito en árabe, castellano, latín y con letras griegas». Este, nos dice Manuel Barrios Aguilera, era el más interesante de los hallazgos, «pues contenía una profecía del evangelista san Juan sobre el fin de los tiempos, que había traído san Cecilio —se daban noticias concretas por vez primera—, quien la había recibido, junto con los otros objetos, de san Dionisio Areopagita a su paso por Atenas, y que había mantenido oculta el presbítero Patricio... En peregrina profecía se anunciaba la venida de Mahoma en forma de oscuras tinieblas, en el siglo VII, y la irrupción de Lutero, en forma de dragón, en el siglo XVI, quien dividiría la cristiandad en sectas». Firmado: el mismísimo san Cecilio, varón apostólico (es decir, uno de los siete discípulos de Santiago el Mayor enviados por Roma a evangelizar Hispania). Son convocados tres caballeros, Miguel de Luna, Alonso del Castillo —ambos moriscos y amigos— y Benito Arias Montano, para traducir el oráculo, con resultados ambiguos. La fascinación es grande e inmediata; las ganas de prodigio de aquella Granada, de aquella España, podríamos decir, también.

No tardan en salir a la luz nuevos hallazgos, ahora en obleas metálicas. Afloran entre los guijarros, arenas y limos colorados de la cima del cerro 223 planchas de plomo circulares de unos diez centímetros de diámetro, grabadas con textos en latín y árabe e ilustradas con extraños dibujos. Van desenterrándose paulatinamente, de 1595 a 1599, junto a cenizas y huesos



Mauror, ese desconocido.

humanos, hasta completar veintiún libros, justo en un fin de siglo en el que las profecías de los moriscos, los jofores, presagiaban el fin de los tiempos. De nuevo es convocado Alonso del Castillo, quien da fe de su antigüedad y su autenticidad. Roma se muestra suspicaz ante los indicios falsarios de los que se conocerán como *Libros plúmbeos*, pero el pontífice granadino, don Pedro de Castro Vaca y Quiñones, avala los hallazgos con entusiasmo y funda en 1609 la Abadía del Sacromonte. Los huesos ya se pueden venerar: son reliquias de su predecesor Cecilio Ebnelradí, primer prelado de Granada, discípulo árabe del judío Santiago. Para sorpresa de nadie, Castro había comprado, de su peculio, el cerro, un año antes de que se cegara el yacimiento, en 1598.

Sucede entonces el episodio que Javier Gómez de Liaño, en su libro *Los juegos del Sacromonte*, ha llamado el *land-art* de la época: «Un buen día apareció plantada una cruz en lo más alto del monte. Nunca se supo, dice misteriosamente un cronista, quién tuvo la ocurrencia. Lo raro, lo monstruoso, fue que en unos pocos meses empezó a poblarse de tal manera el monte —el lugar— de cruces, que cuando llegaron a ser 1.200 el arzobispo prohibió semejante intemperancia, y mandó que se quitasen». Imaginemos aquella porfía de fervor: desde la morisca Casa del Chapiz hasta las denominadas Santas Cuevas, individuos, gremios e instituciones como el Cabildo, la Universidad, la Chancillería o el Ejército van llevando, como legión de nazarenos, un millar largo de cruces de madera, de metal, de piedra. Las portan cristianos viejos, criptojudíos, gitanos, campesinos del valle y de la Vega, moriscos, negros bozales y americanos, burgueses, aristócratas y clérigos flechados por la entraña mística del sitio, por los olores divinos que emana, los prodigios, las curaciones. Cuando llegan, buscan hueco y clavan su señal, procurando autografiarla. En una peana mocha que aún queda en el camino se lee: «Roja Luna natural de Dílar pobre de solemnidad costeó esta cruz y la del núm° 4 y 13».



Mauror, claroscuro.

Detengo mi paseo por las veredas que enfrentan la abadía e intento imaginar aquel calvario de aspas multiplicadas. Lo que había sido un páramo de nombre equívoco se ha transfigurado en bosque tupido con todo género de árboles de la cruz. Aspas que extienden con angustia sus extremos al cielo y cuyas sombras, como los gnómones sincronizados de miles de relojes solares, señalan en la tierra las horas litúrgicas.

«La piedad de los españoles es indiscreta», habían dicho en Roma años antes, a tenor de nuestro delirio plúmbeo, y aquella erección incontrolada de maderos parecía corroborar el diagnóstico. Al mismo tiempo, una apropiación de tal calibre, espontánea y popular, del espacio virgen constituía una acción muy potente y, para eclipsarla, era menester concebir otra de fuerza similar, de ahí que, tras mandar el arzobispo desenclavar su Gólgota, consintiera, a instancias de María de los Cobos y Mendoza, duquesa de Sessa, un gran ejercicio religioso, ordenado y solemne esta vez, refinado, bello. Doña María, viuda de Gonzalo Fernández de Córdoba, quien fuera lugarteniente de las Alpujarras en la guerra contra los moriscos, organizó una multitudinaria estación de penitencia nocturna de más de mil mujeres —a razón de una mujer por cruz depuesta, cruz abajo, mujer arriba— que peregrinaron, precedidas por un coro y un conjunto musical, al lugar de los prodigios y plantaron en él, de madrugada, «una lujosa cruz». El arzobispo y la noble dama no ignoraban que la piedad popular venera los cortejos y sus jerarquías, que se solaza en reinenciones, que prefiere el arcano de la noche y que se rinde al hechizo de la filarmonía. La marcha de las mujeres inauguraría un raudal de procesiones diarias por las siete cuestas. Nadie quería perderse la nueva *performance* autorizada.

Los eruditos entraron pronto en porfía a tenor de la veracidad de los libros, con mayoría segura de partidarios. El embrollo no cesó ni siquiera cuando, un siglo después, el papa Clemente VIII, el mismo que mandara abrasar vivo a Giordano

Bruno, acabó por condenarlos, aunque sin renegar de la legitimidad de las reliquias. Plomos, cero; fémures uno. El poeta Pedro de Antequera, sin asomo de parodia, exaltaba la suerte local en su libro *Excelencias de Granada*, con estos versos: «Dios te guarde Iliberia, que atesoras / en Sacro Monte Potosí de santos». La operación llevada a cabo es tan extraordinaria, aparatosa e inverosímil, que aún fascina: los vestigios no tenían base histórica o legitimación posible sin la letra de los Plomos, sin el mensaje que los Plomos anhelaban transmitir; al ser la autenticidad de los 21 originales descalificada, los huesos y objetos hallados junto a ellos deberían haberse, en razonable consecuencia, repugnado; sin embargo, no fue así: se proclamaron legítimos y, de ese modo, devinieron reales, reales a partir de su propia ficción. Así se hicieron efectivos, con una efectividad y una verdad exactamente artísticas.

Moriscos granadinos fueron, más que probablemente, los autores de las falsificaciones, pero no cualesquiera, sino los mismos *expertos* que la curia había convocado para desentrañar los mensajes de los libros plúmbeos, Miguel de Luna y Alonso del Castillo, esa es la apuesta de los investigadores. Su intento desesperado de permanencia en el país, urdiendo un cóctel sincrético de catolicismo e islam, y su ansia de indulgencia general tuvieron consecuencias, pero no las deseadas, sino otras bien distintas, justamente, en el seno de la fe que deseaban ablandar y reformar para dar cabida a sus anhelos. Y es que la ironía, tanto o más que el azar o la voluntad, parece haber regido todo este delirio, sobre todo, en sus consecuencias. Su gran protagonista, Pedro de Castro, habitó variablemente la paradoja. Hombre contrario a la expulsión de los moriscos, tuvo vida más que suficiente —murió a los 89 años— para contemplar cómo más de trescientos mil españoles de aquella nación acababan desterrados, comprometió su fortuna personal en la causa sacromontana y tomó de unos textos condenados lemas y consignas para las otras batallas de su vida. En 1610 fue nombrado